

Ediciones Lucas



“La Manera Que Debemos Ocuparnos De Nuestra Vida
Espiritual” - EL-010321-060

"LA MANERA
QUE
DEBEMOS
OCUPARNOS
DE NUESTRA
VIDA
ESPIRITUAL."

© 2021 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: febrero 2021

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010321-060

“LA MANERA QUE DEBEMOS OCUPARNOS DE NUESTRA VIDA ESPIRITUAL”

Filipenses 2:12

*“Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,
13 porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.
14 Haced todo sin murmuraciones y contiendas,
15 para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo;
16 asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado”.*

Vamos a usar estos versos con el fin de entender la manera en la que debemos ocuparnos de nuestra vida espiritual. El propósito de Dios para

S
E
M
A
N
A
—
1
—

nuestras vidas es que seamos la Luz del mundo, de manera que no debemos dejarnos influenciar por el mundo, sino viceversa. Todo el Nuevo Testamento nos habla de ser prósperos espiritualmente hablando, para que podamos alcanzar la medida del Señor Jesús. Para ello debemos ocuparnos en nuestra salvación, tal como lo dice el pasaje que acabamos de leer (v:12). Dios no quiere hijos irresponsables que no hagan algo con la Vida Divina que Él ya les dio.

Para poder ocuparnos del desarrollo de nuestra vida espiritual, necesitamos enfocarnos en nuestra salvación. ¿Qué significa ocuparnos en nuestra salvación? Significa: *“Hacer efectiva la Vida Divina que ya nos dieron”*. Por ejemplo, si alguien nos regala una camisa, podemos decir que hacemos efectiva la camisa al momento que la usamos; no así, si lo que hacemos es guardarla en un armario. Cuando el

Señor nos dio la Salvación en Cristo, no sólo nos dio la promesa de vivir Eternamente, sino que nos dio al Espíritu del Hijo, al Espíritu Santo que vino a morar en nuestro espíritu, y desde ese plano interior quiere trabajar y fluir en nuestro vivir hasta que seamos transformados de Gloria en Gloria, a Su Imagen y Semejanza.

Muchos hombres y mujeres del Antiguo Testamento serán salvos en aquel día, pero ellos, en su experiencia nunca tuvieron al Espíritu del Hijo vibrando en su interior, ya que aún no había venido Dios en carne. Hoy en día nosotros tenemos algo más que lo que tuvo Sansón, algo más que lo que tuvo David, Daniel, Abraham, y todos los otros grandes siervos de Dios. Nosotros tenemos más esperanza de ser transformados a la imagen y semejanza de Dios que todos los que nos antecedieron en el Antiguo Pacto.

HACEMOS EFECTIVA LA VIDA DIVINA AL OCUPARNOS DE NUESTRA VIDA INTERIOR.

S
E
M
A
N
A
—
2
—

Debemos buscar la manera de hacer efectiva la Vida Divina. Algunos podrán pensar que para ello deben cantar, otros pensarán que deben hacer milagros de sanidad, otros creerán que deben salir a evangelizar, etc. Si bien es cierto éstas cosas pueden ser el efecto de la Vida Divina, no obstante, no son la manera de hacerla efectiva. Cuando el apóstol Pablo dice que nos ocupemos de nuestra salvación, lo que nos está diciendo es que hagamos efectiva la Vida Divina para nosotros mismos. Para ello primero debemos ocuparnos de nuestra vida interior, y luego, de nuestra conducta exterior.

Dios espera primeramente que nuestro ser interior lo viva a Él, que nuestro ser interior sea liberado, que

interiormente lo disfrutemos a Él, que seamos libres del falso yo, que sean desmantelados los programas emocionales que nos limitan a ser como Él quiere. Dios espera que en nosotros sucedan todas estas cosas porque nos ha dado Su Vida Divina, y ésta cohabita en nuestro interior. Dice:

Juan 7:38

“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”.

En primer lugar el Señor Jesús quiere que seamos libres. Dice:

Juan 8:32

“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

En segundo lugar, el Señor desea que disfrutemos lo que Él nos ha dado. Por ejemplo, Dios nos ha dado Paz. Él quiere que vivamos con esa Paz que sobrepasa todo entendimiento. El Señor

quiere que estemos en paz a pesar de que algunas personas no nos traten bien. Él quiere que estemos en paz, aunque nuestro mundo alrededor no sea tan prometedor. Su Vida en nosotros es tan virtuosa, que podemos estar en paz en medio de la adversidad. De igual manera también el Señor quiere que seamos felices. Él nos dio Su Vida para que en Él tengamos Plenitud, y por ende, seamos felices. En Mateo 5 encontramos las “famosas” bienaventuranzas, que aunque algunas de ellas no las entendamos, no son más que las diversas formas de ser y vivir “muy felices” en el Señor. Los creyentes no debemos ser gente “apagada”, o entristecida, al contrario, debemos vivir gozosos, sólo que para ello debemos dejarnos procesar. Muchas veces no disfrutamos la felicidad que Dios nos quiere dar porque somos necios; Procuramos encontrar la felicidad a nuestra manera, y nos frustramos al ver que ésta nunca llega, y lo poco que llega es efímero.

Sólo si hacemos efectiva la Vida Divina vamos a ser felices verdaderamente.

Meditemos la siguiente máxima:

“Nos salvamos eternamente al creer en el Señor, pero nos salvamos para el Reino cuando damos la medida de Dios”.

Esta salvación para el Reino se va evidenciando cuando internamente y externamente vivimos al Señor. Por la misericordia de Dios, nosotros creemos que somos salvos eternamente por creer en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, pero la salvación para el Reino requiere otra medida, requiere de obras que nos hagan dignos para alcanzar dicha salvación. Tales obras no son más que la Vida progresiva que llevamos en Cristo, tanto interna, como externamente. Si hacemos obras sólo a nivel externo, nos convertiremos en legalistas; y si lo hacemos sólo a nivel interno, nos vemos en el problema de

que la fe sin obras es muerta. Primero vivamos la experiencia interior, y luego llevemos tal experiencia a lo exterior.

Hermanos, nuestra experiencia en el Señor es como una pareja en la cuál el novio es un hombre muy apuesto, alto, elegante, adinerado, amoroso, detallista, y que ya casado sigue siendo igual de galante y cariñoso. La lógica nos diría que si una mujer encuentra un hombre así, ella se ha sacado la lotería. Por otro lado, la historia de la mujer es como aquella esposa que no puede cocinar, ni lavar, ni planchar, es desobediente, malcriada, y para colmo de males fea. Pues, más o menos así es la historia del Señor Jesús con nosotros; Él es un esposo ideal, y nosotros somos la parte fea y complicada de esa historia. El Señor Jesús nos dio todo de pura gracia, nos conquistó con un acto de amor único, y agregado a eso nos tiene paciencia. Ahora bien, esa paciencia del Señor tiene un límite, al cabo del tiempo

Él nos pide una medida diferente de como comenzó la historia. Lo que Él espera es que aprovechemos todo lo que Él nos da interiormente para proyectarlo exteriormente.

Nuestra salvación se va efectuando por medio de la Vida Divina, y nosotros debemos hacer uso de ella. Volviendo a la analogía del esposo virtuoso y la esposa nada virtuosa, el esposo es capaz de soportarle todos los defectos que ella tiene, pero un problema grave viene a acontecer entre ellos, y es que aparte de la carencia de virtudes de la esposa, resulta que ella también le es infiel. El esposo habría soportado todo, pero este punto pone en total riesgo la relación entre ellos, porque ella está echando a perder todo lo que de gracia él le había dado.

Dice:

Hebreos 2:12

‘Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, ¹³porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad’.

¿Qué quiso decir el escritor con estas palabras? Que todo nos lo ha dado el Señor. La salvación de la que debemos ocuparnos es la que se va efectuando por medio de lo que el Señor nos da. En otras palabras, Dios nos acepta con las faltantes que tenemos, y además nos provee todo lo que no tenemos. Nosotros somos responsables de hacer uso de la Vida Divina que nos han dado, ya que Dios jamás va a intervenir en lo que es nuestra responsabilidad.

DIOS PRODUCE EN NOSOTROS EL QUERER COMO EL HACER

Dios quiere restaurarnos al punto de lo que fue Adán y Eva en el huerto del Edén, pero también quiere que nos responsabilicemos de Su Plan, así como le encomendó al hombre el huerto. La Vida de Dios en nosotros es como ese huerto que lo tenía todo, pero igualmente eso no nos exime de responsabilidad. Dios ya pagó para que tengamos la energía Divina interior para que exteriormente también caminemos como Él quiere. A este pensamiento se refieren las palabras del apóstol al decir: *“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer”*. En otras palabras, Dios hace una operación en nuestro interior para que lo busquemos, para que lo disfrutemos, para que vivamos en santidad, etc; esa es la obra de Dios en nuestro interior. La pregunta es: ¿Qué hacemos nosotros con todo lo que Dios nos da? No esperemos que

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Dios manipule nuestro libre albedrío, eso jamás sucederá. Si un Hijo de Dios quiere vivir con amarras a su pasado, ese ya no es problema de Dios, ese es problema del creyente.

Si hemos creído en Cristo, es un hecho que en nuestro interior hay un torrente de Vida Divina que nos puede dar paz, felicidad, gozo, paciencia, etc. así como también es una realidad que en nuestra mente corren todas aquellas cosas nocivas que se forjaron desde nuestra niñez, las cuales no se pueden borrar. Al venir al Señor no hay forma de que nos pasen un borrador en nuestra mente y corazón y olvidemos todas las cosas que vivimos en nuestra vida pasada; aunque Dios tenga el poder para hacerlo, Él no obra de esa manera. Cuando el Señor viene a morar a nuestras vidas, Él se propone como una opción de Vida por la cual nosotros podemos decidir, todo depende de nosotros. En este punto es donde entra

en acción nuestra responsabilidad, es aquí donde nosotros tenemos que decidir entre Dios y las cosas que son atractivas para la carne. Debemos ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor, porque Él no sólo nos rescató, sino que además está produciendo en nuestro interior el querer y el hacer. Hay suficiente energía divina en cada uno de nosotros para poder vivir a Cristo.

Dios nunca produce el “hacer” si antes nosotros no elegimos el “querer”. El apóstol Otoniel Ríos dijo en una ocasión: *“Hay que querer el querer de Dios”*. *“El querer”* de Dios es la fuerza Divina que nos impulsa hacia Su voluntad, es percibirlo a Él como como un río caudaloso. Dios quiere hacer una obra Poderosa en nosotros, Él tiene una fuerza increíble, el problema es que nosotros somos un dique que obstruye Su proceder. Si nos aferramos al “querer” de Dios, lo creemos, y nos

disponemos a ello, el Señor fluirá cual río caudaloso, y botará aun los diques que levantamos en nuestra alma. Empecemos por “querer el querer de Dios”, y no seamos contrarios a Él. Cuando sentimos el impulso Divino, o una especie de agitación en nuestro interior, no nos resistamos porque es la Vida Divina dinamizándonos.

Esta experiencia de la que estamos hablando es parecida a la que experimentaron los dos discípulos que iban camino a Emaús, que dijeron:

“... ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? ³³Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén...”

(Lucas 24:32–33).

Si somos hijos de Dios tenemos que experimentar este “arder del Espíritu”. En determinado momento, quizás mientras escuchamos la palabra

de Dios, nuestro ser interior se va a encender, vamos a percibir una energía que no proviene de nosotros mismos. Hay un coro muy hermoso que cantamos que describe esta experiencia:

*// Hay una fuerza en mí //
Que me sostiene, que me levanta
Que me hace estar de pie, hay una fuerza en mí*

*// Hay una fuerza en mí //
Es la que viene del Salvador por el obrar del
Espíritu Santo
Hay una fuerza en mí.
Diga ahora el débil fuerte soy,
El que esta tirado me levantaré,*

*// Digan todos los mortales que la fuerza de
Jesús //
Levanta, sana, restaura, nos vuelve a hacer
caminar*

Nuestra carne nos ha mentado si decimos que nunca hemos percibido la fuerza Divina en nuestro interior. Dios

ya sabe que de nosotros nada bueno puede salir, es por eso que Él pone en nosotros el querer como el hacer, lo único que tenemos que hacer es disponernos y aferrarnos a ello. La energía Divina nos capacita para vivir al Señor en una experiencia interior, y nos capacita para caminar según el deseo, la voluntad, y la santidad de Dios.

SOSTENIENDO FIRMEMENTE LA PALABRA

Dice:

Filipenses 2:16

“asidos de la palabra de vida...”,

hay una versión que traduce esta frase de la siguiente manera: *“sosteniendo firmemente la Palabra de Vida”*. Sólo sosteniendo la Palabra de Vida se efectúa la liberación y el disfrute de Dios en nuestro interior. Si nosotros le prestamos atención a la Palabra, nos daremos cuenta que ella es Poderosa para liberarnos y para que nuestra vida se afiance en Dios. La Palabra es el vehículo que Dios usa para nutrirnos, para capacitarnos y para que Sus virtudes Divinas se dispensen en nosotros. En lo natural, comemos los alimentos para que nuestro organismo absorba los nutrientes que nuestro cuerpo necesita para vivir. De cada cosa

S

E

M

A

N

A

—

4

—

que comemos los miembros de nuestro sistema digestivo absorben vitaminas, minerales, fibra, y todo lo que es útil para el desarrollo normal de la vida. En lo espiritual es lo mismo, necesitamos permanecer en la Palabra para que los nutrientes espirituales que ella nos aporta se hagan efectivos a través del mover del Espíritu en nosotros.

Notemos que el apóstol dice que sostengamos firmemente la Palabra de Vida. Es decir, no la letra muerta que contiene la Biblia, sino la Palabra de Vida, aquella que salta por el Espíritu y hace arder nuestro espíritu. Esta Palabra puede saltar mientras leemos Las Escrituras, o bien puede saltar mientras escuchamos una prédica, o cuando buscamos a Dios, etc. Lo que debemos hacer es asirla cuando ésta salte. Busquemos día con día la Palabra de Dios, porque seguro cada día hay una porción para cada uno de nosotros. Cuando los hijos de Israel iban

peregrinando en el desierto, Dios soberanamente, día con día les daba maná, una especie de hojaldre que caía del cielo todos los días; lo único que ellos tenían que hacer era salir a recogerlo. Lo mismo tenemos que hacer nosotros con la Palabra, no tenemos que crearla, sólo debemos exponernos a ella, creerla, y sostenerla. Si respondemos a la Palabra, viviremos a Cristo en nuestra experiencia natural. Hagamos con la Palabra como hizo el patriarca Jacob aquella noche que peleó con el ángel, al cual no dejó ir hasta que lo bendijo; y aunque el ángel lo descoyuntó, se asió a él hasta obtener la bendición. Expongámonos de esa manera ante el Señor, aferrémonos a la Palabra y no dudemos de ella hasta que veamos su cumplimiento. Después de las noches oscuras vendrá un hermoso amanecer.

LA SALVACIÓN A NIVEL EXTERIOR.

Ahora bien, ya sabiendo que obtenemos salvación al aferrarnos a la Palabra, cabe preguntarnos: ¿Cómo encontramos la salvación en nuestra vida exterior? Para no desviarnos del contexto del pasaje inicial, leamos lo que dice:

Filipenses 2:12

*“Por tanto, amados míos, como siempre habéis **obedecido**, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”.*

En estos versos aparece una palabra clave: **“Obediencia”**. A nivel externo debemos obedecer la Palabra, debemos hacerla práctica, debe convertirse en una experiencia. Dios siempre está pidiendo que obedezcamos. Todo el proceso de la Vida Divina a nivel exterior se resume en la obediencia.

El Señor sabe que si alcanzamos una plena obediencia, la Vida Divina no sólo nos libertará interiormente, sino que también nos dará la gracia para obrar según Su Voluntad. Para entender de mejor manera, leamos la siguiente parábola:

*“Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. ²⁹Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. ³⁰Y acercándose al otro, le **dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue. ³¹¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?”***

(Mateo 21:28–31).

Creo que no necesitamos mucha explicación para saber cuál de los dos hijos hizo lo correcto. Ahora bien, dentro de las muchas enseñanzas que podemos sacar de esta parábola, debemos resaltar la capacidad de uno de los hijos, de no querer ir a trabajar, pero

aun así se arrepintió y fue; Y por otro lado, la incapacidad del otro hijo de querer ir, y no poder obedecer. Podemos decir, entonces, que la obediencia mide el nivel de nuestra liberación y de cuánto ha hecho Dios en el interior.

En la medida que obedezcamos tendremos la capacidad de convertirnos en luminarias para el mundo. Dice

Filipenses 2:15

“para que seáis irreprehensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo”;

Dios desea que nosotros seamos estrellas que alumbren la oscuridad, estrellas que señalen el camino para que otros encuentren a Jesús. Prestemos atención a las palabras que nos dice este verso: Para empezar Dios quiere que seamos “Sencillos”. La sencillez es el resultado de la obra de Dios en nuestro

interior, mientras que ser “irreprensibles” es el resultado de la obra de Dios en el exterior. La sencillez es un asunto subjetivo, no se puede medir por la exterioridad. Hay gente que no tiene que comer pero no tiene la sencillez de comer cualquier cosa; puede más su orgullo. Por otro lado, ser irreprensibles es un asunto externo, y por tanto, objetivo. La idea de ser “*irreprensibles*” es que caminemos de tal manera que nadie tenga que hablar mal de nosotros. ¿Podríamos ser luminarias para el mundo con problemas de borracheras, o cualquier otra falta tangible? Definitivamente que no. Dios no sólo quiere que seamos Sus hijos, Él quiere que seamos la luz del mundo; y que también seamos la sal de la tierra. Procuremos ser sencillos en el interior, e irreprensibles ante los hombres; *hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa. ¡Amén!*